



ELIZABETH KOSTOVA. «LA HISTORIADORA»

El vampiro succiona la tinta

Umbriel Ediciones
698 páginas. 19 euros



Cuando el circunspecto periodista Abraham Stoker escribió en 1897 «Drácula» no era consciente de estar creando un mito literario de proporciones universales. La figura del vampiro, ese habitante terrorífico y trágico de la noche que necesita despojar del fluido vital a los vivos para continuar en su angustiada inmortalidad, no fue creación de Stoker. Él lo asimiló tras la lectura de «Carmilla» (1872), del irlandés Joseph Sheridan LeFanu, quien a su vez reelaboraba en clave de amor lésbico fatal todo el acervo vampírico que flotaba en leyendas, mitos, obras literarias e incluso documentos legales como los que recogió en 1751 el abad benedictino de Sénones dom Agustín Calmet en su «Tratado sobre los vampiros».

Si el vampiro persiste desde el principio de la humanidad caminando junto al hombre en la inquietante noche de la imaginación, Bram Stoker dotó a tal antinatural criatura de nombre propio y entidad histórica. A partir de su innovadora y tardía novela gótica, Drácula ha sido sinónimo de vampiro y desde su genialidad se han pergeñado innumerables versiones sobre el vampiro supremo. Hay que señalar que la mayoría, sobre todo las cinematográficas, han hecho gala de un mal gusto efectista y repetitivo. No obstante ahí están las imágenes vampíricas compuestas por Bela Lugosi y por Christopher Lee que para mí desbancan a cualquiera de las posteriores.

El cómic también se ha ocupado ampliamente del tema y del personaje. Entre otros, han adaptado la novela el italiano Guido Crepax y el español Fernando Fernández. Muy notable es la revisión que hizo la Marvel en los años 70 en la saga «Tumba de Drácula». Y cito inmediatamente antes de «La historiadora» esos cómics antológicos porque la idea de partida de los guionistas de Marvel y de Elizabeth Kostova es prácticamente la misma: ¿y si Drácula estuviese vivo actualmente?

Los desarrollos de ambas obras son, por supuesto, radicalmente distintos. En los cómics, Drácula configura una presencia real (magistralmente interpretada por el dibujante Gene Colan) que genera una peripecia destinada a su destrucción, circunstancia muy bien aprovechada por guionistas como Marv Wolfman para crear un juego de espejos en los que el vampiro se reflejaba como monstruo y, a la vez, como víctima. Ambigüedad que también domina, aunque en otro sentido, la novela de la norteamericana Kostova.

«La historiadora» narra en tres tiempos entreverados las experiencias extrañas de tres generaciones de investigadores de la Historia que, insospechadamente, se ven enfrentados al enigma del Drácula real, aquel príncipe valaco que durante la segunda mitad del siglo XV acosó, tanto a sus enemigos los turcos como a sus propios súbditos. El carácter de este Vlad Tepes, llamado el Empalador



Arriba, «Nosferatu», uno de los primitivos vampiros en el celuloide. A la izquierda, la autora Elizabeth Kostova

COLMILLOS DE LECHE

Prácticamente cualquier escritor de terror que se precie de serlo ha incluido algún chupasangre en sus historias: Edgar Allan Poe modeló el mito en una mujer («Ligeia», «Bermice»), Stephen King convirtió a todo un pueblo («El misterio de Salem's Lot») y Anne Rice vistió a su Lestat con trajes de chaqueta y lo hizo estrella del rock. Y hay toda una saga para el público infantil, «El pequeño vampiro», de Angela Sommer-Bodenburg,

por la frecuencia con la que utilizaba ese determinado tormento, conforma un típico perfil psicopático con el añadido de un poder político y militar que le convertía en una némesis de impune de crueldad y sadismo. Pero como contrapartida al terror que suscitaba entre los curtidos guerreros otomanos y entre los cristianos que tenían relación con él, Kostova apunta un dato muy plausible y que al final de la extensa narración produce un escalofrío en el lector, como es la posibilidad de considerar el cadáver del asesino como una reliquia de santidad. Los monjes del monasterio fundado por Vlad Tepes en esa Transilvania legendaria donde se cree que está enterrado el voivoda impío, le protegieron y ocultaron en más de una ocasión mientras estaba vivo y le veneraron después de muerto. O después de su aparente muerte. Toda la intriga, que abarca desde 1930 a 1972, se origina con la aparición de unos

misteriosos libros entre las posesiones de jóvenes y brillantes historiadores.

Esos libros que sólo tienen el grabado de un dragón en sus páginas centrales ejercen una suerte de hechizo que impele a investigar sobre su origen. Todos aquéllos que caen bajo la fiebre de saber más acerca de ese dragón se topan con el mismo nombre: Drácula. Una serie de fatalidades y la obsesión que se apodera de estos buscadores son heredadas por descendientes atribulados que seguirán los mismos pasos erráticos por la Historia en busca del emplazamiento verdadero de la tumba de Drácula.

Elizabeth Kostova ha adoptado la misma técnica de cartas, documentos y relaciones que hace más de un siglo utilizó Bram Stoker. La novela de Kostova es digna émula del modelo, sin embargo, se resiente en algunos pasajes que resultan un tanto tediosos por su monotonía. Son escasos e inevitables en un relato de semejante extensión y, en conjunto, «La historiadora» encarna una buena novela que mezcla la investigación histórico-policíaca con la fantasía que siempre impregna el plano real: la identificación del presente con el pasado (en un momento hay una inquietante escena nocturna en que se describe una reunión de la Guardia de Hierro rumanana en un bosque transilvano y eso hace imaginarnos un cónclave de la Orden del Dragón de Drácula quinientos años atrás); la diferencia entre culturas superada por la hermandad entre los hombres, y, el miedo a lo desconocido con el descubrimiento del amor como única fuente de redención.

José Luis CHARCÁN